# Desacralizar la violencia. Buscando estrategias para superar la violencia de género desde procesos de cambio con hombres en El Salvador<sup>1</sup>

Larry José Madrigal Rajo<sup>2</sup>

En agradecimiento a Y. Hohne-Sparborth, que me invitó a gozar la cotidianidads de mi sobrevivencia.

> "Los niveles más bajos del infierno están reservados para aquellos que, en tiempos de crisis moral, se mantienen neutrales".

> > Dante Allighieri

### Compartiendo la labor de nuestra mesa

"¿Y qué es eso de la masculinidad?", "¿se trata de que los hombres nos hagamos 'más hombres' (sic)?", "¿es algo para hombres con problemas de sexualidad, para gay?". Más aún, "¿es la nueva estrategia de las feministas para 'darle vuelta a la tortilla"?"... Éstas son algunas de las preguntas que devienen en pan cotidiano en la mesa de los talleres de masculinidad que compartimos con hombres salvadoreños (Madrigal y Tejeda 2003: 24). Muy pocas veces tenemos respuestas, pero en cambio invitamos a valorar estas preguntas y mantenerlas, como velas encendidas sobre la mesa, a lo largo del compartir de la comida que Implica el proceso de los "talleres de masculinidad".



Soy salvadoreño y ubico esta reflexión desde la conciencia de mi posición cotidiana-política<sup>3</sup> de hombre en cambio, trabajando en lo educación popular con la categoría género y la teología. Mi reflexión brota desde el acompañamiento y vivencia de procesos de educación y atención psicoterapéutica con hombres de sectores populares de El Salvador, procesos en los que la corporalidad, las emociones, el involucrarse personalmente y el deseo de cambio, son fundamentales. Reconozco que en mis propias reflexiones la influencia y diálogo crítico con el ecofeminismo, en su vertiente latinoamericana (Gebara 2002: 26 ), las teorías del poder de Michel Foucault y la terapia de acción social (Madanes 1997: 17) han jugado importantes papeles en las mudanzas que como hombre voy experimentando.

Vale la pena mencionar algunas palabras sobre el origen de la Iniciativa en la que me muevo. El proceso de talleres de masculinidades en el que me articulo nació en el Centro Bartolomé de las Casas, de San Salvador, a partir de las inquietudes que nos planteamos tres hombres, luego del curso intensivo de capacitación en el campo de las energías y corporalidad, facilitado por la teóloga y terapeuta holandesa, José Hohne-Sparborth, en San Salvador. Es Interesante notar que ese curso pretendía lograr el autoconocimiento de las posibilidades personales al nivel de las energías y la corporalidad, la capacitación y autorización de cómo terapeuta y la organización de esfuerzos de atención psicosoclal a diversos grupos traumatizados por la guerra en El Salvador.

En principio el curso era abierto, pero la participación, como en tantas otras veces, fue casi exclusivamente de mujeres. Compartiendo vivencias y nuestros propios traumas. alimentándonos de la experiencia feminista de varias compañeras, comenzamos a cuestionar lo que Identificamos como paradigma hegemónico de masculinidad, visualizando espacios da búsqueda y cambio personal para lo que en un entendimos como una construcción "alternativa" de la masculinidad (Madrigal y Tejeda 2003: 9). Poco a poco, en diálogo y búsqueda, en la identificación de contradicciones y en la creación de procesos más



entrada la sexualidad y la espiritualidad, hemos ido horneando el pan. De entonces hacia acá, han sido cinco años de Intensas experiencias, no siempre fáciles y felices, muchas v veces contradictorios y limitados teóricamente, y a m enudo con la franca hostilidad de hombres y mujeres en posiciones clave.

Así, ahora resulta evidente entre algunos grupos que trabajan género en el área centroamericana, que "la condición masculina", tal y como ha sido construida, reproducida y legitimada como paradigma hegemónico, debe ser abordada crítica y propositivamente, por lo menos desde las prácticas educativas populares donde me ubico. Más no por evidente, un abordaje crítico y propositivo de esa mal llamada "condición natural" - como si de algo estático y general se tratara- resulta todavía mayoritario, ni siquiera entre muchas mujeres organizadas -por razones muy bien fundamentadas en la situación de inequidad entre los géneros, es cierto- pero por la poca presencia de planteamientos mejor dicho, de prácticas concretas que enfoquen cambios y tomen postura frente a las agendas feministas en nuestro continente.

Me propongo entonces abordar tres ejes de sentido en tomo a las constataciones, descubrimientos y desafíos de nuestro trabajo con la masculinidad: masculinidad hegemónica, violencia masculina y legitimaciones religiosas de la violencia masculina

# 1. El cuerpo reducido al pene: masculinidad hegemónica

Demasiadas veces se ha perdido de vista en los trabajos de investigación de género del área centroamericana, que cuando los discursos de poder masculino hegemónico, en su afán abarcador y general, utilizan mecanismos ideológicos de opresión, lo hacen no sólo ante grupos que se asumen como subordinados, en este caso las mujeres, sino también ante grupos de hombres que por diferentes razones y situaciones, resultan fuera de su lógica de dominación. Bien ha recordado E. Shüssler-Fiorenza, desde el campo de la investigación bíblica feminista y recuperando los aportes de feministas afroamericanas y lesbianas, que las estrategias de una





retórica critica feminista no deben olvidar esta Intención abarcadora, entendiendo la categoría de género en el tinglado de clase, raza, geopolítica, ejercicio sexual, entre otras (Shüssler-Fiorenza 1996: 67).

Así pues, cuando se habla de "los hombres", del "patriarcado" habría que establecer de qué hombres se trata, pues estos hombres tienen cuerpos concretos y responsabilidades concretas en la estructura jerárquica y fuertemente violenta de ese sistema. No se trata de evadir la responsabilidad, pero de colocarla estratégica y vitalmente para que muchos hombres reconozcamos posibilidades de cambio.

Hablo de masculinidad hegemónica como el paradigma dominante, el modelo a seguir, que el orden patriarcal establece como exitoso y deseable. No se trata solamente de unos rasgos y posicionamientos sociales, sino incluso de una conformación física y psicológica con la que los cuerpos son moldeados. Es el entrenamiento por el poder (Foucault 1984). Se supone que todos los seres humanos que al nacer se les cataloga genéricamente como hombres (normalmente por la presencia externa de pene y testículos) deben conformarse a ese modelo hegemónico que dicta hasta la manera de sentir. Se trata de un entrenamiento corporal dentro de estructuras que facilitan la asimilación, perpetuación y multiplicación del modelo.

El modelo hegemónico se fundamenta, simbólica y corporalmente, en la centralización en torno al pene erecto, es decir, al falo, puesto que no basta con la dimensión biológica del pene si este no tiene el poder de erección y penetración. Es entonces un modelo centrado en el falo, en la penetración, como actitud indispensable de afirmación, vía dominación. ¿Qué pasa entonces con los reportes, cada vez más altos de consumo de medicamentos vasodilatadores como la Viagra? ¿Con las declaraciones en los estudios acerca del deseo Inconfesado de un pene más grande, en la mayoría de hombres salvadoreños, aun a costa de sacrificar su placer? (Madrigal y Tejeda 2003: 56).



El asunto es que no todos los hombres logran cumplir con el mandato. Resulta que hay situaciones limite, algunas provocadas desde la más tierna infancia, como el abuso parental y la discriminación (Madanes 1997:85; Welsh 2001:18), hasta otras, adquiridas como déficit, a lo largo de su desarrollo: mutilación de miembros, impotencia, desempleo, pérdida de las condiciones mínimas de sobrevivencia, o simplemente, no cumplir con el comportamiento masculino esperado, especialmente sexual, lo cual Incluye, entre otras cosas, un tamaño grande para un pene erecto y una mítica potencia de recuperación del ciclo de respuesta sexual.

Estas situaciones límite son una señal latente para el cambio, verdaderas puertas de entrada para el inicio de un proceso de deconstruccion de la masculinidad también la marca de hegemónica, pero son marginación ante ese modelo hegemónico. Estos hombres, si logran Identificarse en un medio propicio, pueden desarrollar lo que hemos llamado "categoría de sobrevivencia" (Madrigal y Tejeda 2003: 54). Es que con estos hombres sobrevivientes, hombres que por diferentes razones no caben en el modelo hegemónico de masculinidad, con los que es posible iniciar procesos de cambio que pueden derivar en nuevas posibilidades de poder y transformación con las mujeres organizadas (Lagarde 2001: 106), no sólo como reparación moral e histórica, pero como necesidad propia de una vida más plena.

Quizá sean muy pocos, pero puede que sean más de lo que sospechamos. Es un proceso de identificación difícil, pero no imposible. Es, un proceso político en pañales, pero quiere dar sus primeros pasos.

Reconocer la propia sobrevivencia en un proceso de masculinidades, implica la vivencia de mucho dolor, de reconocer los propios traumas personales y las discriminaciones sufridas y ejercidas, que son muchas, y que, en el caso de muchos hombres, comenzó en un proceso duro y cruel de socialización en la infancia y que se prolongará en la vida adulta. Así la sexualidad y la espiritualidad, Íntimamente unidas, asumiendo la responsabilidad propia en el dolor espiritual identificado y





trabajado (Madanes 1997: 89), permiten que la asunción de la sobrevivencia sea un paso al encuentro con muchas mujeres que viven un cambio personal y que inciden por cambios a nivel más amplio, creando además nuevas relaciones entre hombres.

Precisamente, debo reconocer aquí la luz que me brinda el feminismo, que como discurso en construcción, propone el reconocimiento de la producción de un sujeto con una Identidad, la feminista (Luna 2002:2). La construcción en los discursos feministas actuales de un sujeto político activo es un tema altamente estratégico de la teoría feminista cara a la acción y la transformación social. El reto del sujeto feminista es la diversidad existente entre las mujeres, manifiesta por las diferencias de raza, etnia, clase, opción sexual, edad, religión, pasado histórico, etc. Conciencia critica de avance ante un feminismo que se pensaba blanco y heterosexual. El acierto de esta crítica se extendió entre los feminismos del mundo y ha generado un gran avance en la teoría y en las relaciones entre las mujeres. Desde esta perspectiva abrigo el convencimiento de la identificación de hombres sobrevivientes, sujeto en búsqueda de nuevas identidades que reconozcan la diversidad ya vivida, intuida y reclamada.

### 2. Cuerpos entrenados para la violencia: violencia masculina

Cuando hablamos de violencia, especialmente (aunque no de manera exclusiva) violencia ejercida por hombres a mujeres, que es el espacio de discusión en donde nos movemos. Precisamos de algunas definiciones básicas que permitan dar cuenta del fenómeno desde otras perspectivas.

La raíz etimológica del término violencia remite el concepto de *fuerza*, y se corresponde con verbos tales como *violentar*, *violar*, *forzar*. Ello nos mueve a decir que la violencia implica siempre el uso de la fuerza para producir un daño. En un sentido amplio, puede hablarse de violencia política, de violencia económica, de violencia social (Corsi 2002; 11). Y en todos esos casos, el uso de la fuerza nos



remite al concepto de poder.

En sus múltiples manifestaciones, la violencia siempre es una forma de ejercicio del poder mediante el empleo de la fuerza (sea física, económica, psicológica...) e implica la asimetría, real o simbólica, de poderes diferentes, normalmente visualizados como "arriba" y "abajo" (padre-hijo, hombre-mujer, maestro-alumno, adulto-joven, etc.). La violencia implica una búsqueda para eliminar los obstáculos que se oponen al propio ejercicio del poder, mediante el control de la relación, obtenido a través del uso de la fuerza. Esa asimetría o desequilibrio del poder, construido socialmente y definido culturalmente, puede ser también obtenido mediante maniobras interpersonales de control de relaciones.

Así entonces, consideramos la violencia como una relación en la que una persona con más poder, abusa de otra con menos poder o poder diferente, aunque la violencia tiende a prevalecer donde existen relaciones con la mayor diferencia de poder. Es una relación que también es relación de abuso, en tanto el poder es utilizado para causar daño a otra persona. Es claro, tanto por nuestra experiencia, como por la evidencia documentada, hombre adulto que el es quien frecuentemente ejerce las distintas formas de abuso (Corsi 2002: 13). Es el hombre hegemónico apropiándose y desarrollando tecnologías del poder, del bio-poder (Foucault 1998: 47). Este ejercicio abusivo del poder es ejercido tanto sobre mujeres, niños y niñas, como también sobre otros hombres, considerados débiles o vulnerables, por no corresponder al modelo hegemónico asumido.

¿Por qué de esta violencia? Más allá de explicarla, lo que se ha hecho abundante y lúcidamente desde la critica feminista, desbancando mitos cientificistas o reduccionistas que plantean patologías de dependencia al uso de drogas o alcohol como causante, hemos avanzado hasta enfoques más Integrales que nos permiten ver la violencia masculina en relación con variables multicausales, producto de modelos masculinos hegemónicos que determinan la familia y la sociedad, y por tanto el cuerpo de los hombres, de modo tal que la violencia es viable como procedimiento para resolver conflictos y ejercer el poder.





Peor aún: en su proceso de socialización de género, en la construcción de la masculinidad hegemónica, los hombres incorporamos creencias, valores y actitudes que en su configuración más estereotipada, constituyen la denominada "mística masculina hegemónica" (Madrigal y Tejeda 2003: 67): restricción emocional, homofobia, modelos de control, poder y competencia, placer falocéntrico, obsesión por logros y éxitos, lo masculino como norma, norma en la que mantener la imagen de macho ante la mirada de otros, es crucial.

Esta misma violencia de origen, violencia en la socialización y construcción, generada por el modelo hegemónico, forma una identidad basada en procesos personales donde el hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar) y la represión de la esfera emocional, van parejas. Así se entrena la psique en un constante autocontrol para regular la exteriorización de sentimientos de afecto, ternura, debilidad, tristeza, placer, temor, amor... como el mecanismo de preservar la identidad masculina. No es casual que cueste tanto trabajo en los procesos de masculinidad, lograr que los hombres participantes expresen lo que sienten y no lo que piensan. Interesante además notar cómo muchas mujeres, como estrategia de lucha, han tenido que asumir estos mismos mecanismos, masculinizándose hegemónicamente, para lograr ser consideradas par, en la relación con los hombres y en el ejercicio del poder con y/o sobre otras mujeres (Lagarde 2002: 98).

# 3. Desacralizando la violencia, desacralizando los cuerpos entrenados para la violencia

Ya que hemos abordado el asunto de la violencia en el contexto del modelo hegemónico de masculinidad, es claro que la cuestión de sus legitimaciones cae por su propio peso en importancia. Ya antes se ha abordado las legitimaciones de la violencia masculina en el sistema (Martín-Baró 1983: 365), pero queremos anotar algunas pistas en la búsqueda de estrategias que nos permitan



deconstruir aquellas explícitamente religiosas, que no sólo son abundantes, sino sutilmente efectivas en la coacción de las mujeres que la sufren, volviéndose uno de los peores reductos de resistencia al cambio y reproducción del modelo.

Puesto que un gran porcentaje de los hombres con los que trabajo se confiesan cristianos, el tema de las legitimaciones religiosas adquiere un relieve fundamental. Personalmente, como teólogo y biblista, comprometido en el movimiento popular, siento urgente esta tarea, no sólo como estrategia, pero como situación sine qua non es posible el cambio y lo esfuerzos para sostenerlo. Recientemente, a raíz del tratamiento de los medios de comunicación del abuso de niños por parte de sacerdotes católicos, ha brotado con fuerza la necesidad de plantearse si lo sagrado deviene en violencia y qué tipo de situaciones le hacen posible. Es verdad que la crisis de la Iglesia católica es el contexto en el que hay ver y analizar estas situaciones para no caer en extremismos (Richard 5002: 14), pero temblón es cierto que esta situación no es nueva ni limitada a países desarrollados, en donde la opinión pública está lo suficientemente empoderada como para pedir cuentas. En El Salvador es una situación cotidiana y silenciada, aceptada y sufrida, cuando no voladamente Justificada por el poder sagrado de los agresores, cuando en la mente infantil se fragua la culpa por el abuso sufrido.

Quiero señalar algunos ejemplos bíblicos<sup>4</sup> de la perversa legitimación religiosa de la violencia masculina, todos reportados entre muchos de los hombres participantes de los procesos de masculinidades, verdaderos catálogos del infierno de Dante ante los que no puedo permanecer neutral, Además, quiero reconocer aquí la graciosa influencia que una providencial conversación de camino con mi hermana y amiga, María Esther Ruiz, tuvo en mi planteamiento inicial. Tengo en cuenta en todo momento su situación vital de exclusión y marginación de las estructuras como verdadera mujer sobreviviente.





## Sanción divina del pene: el modelo hegemónico del cuerpo masculino en el Antiguo Testamento.

Un lejano y aun efectivo elemento legitimador de la violencia masculina, puede ser rastreado en la Biblia hebrea. Las marcas divinas son colocadas sobre la humanidad como signo de la alianza. Pero resulta que esas marcas son hechas sobre el miembro viril de los hombres, a través de la circuncisión, quedando las mujeres sin marca visible, es decir fuera de la alianza. ¿Qué pasa con los eunucos y extranjeros? Evidentemente, están también fuera. Ahora podemos pensar que no basta con ser hombre por tener un pene y que este cumpla con erección y penetración, sino que tiene ser sancionado por Dios mismo con las marcas de la alianza para ser pleno. La representación de la alianza está reservada a varones "completos". Pero los mandatos divinos siguen adelante, prometiendo la bendición a través de los hijos: "sean fecundos y multiplíquense" (Gn: 9, 1. 7) pero mostrando la contradicción con lo que será considerado "nacimientos como pecados" (Lv 12, 7-8).

Evidentemente, para muchas investigadoras estos argumentos pueden parecer ridículos. Estoy perfectamente consciente de los esfuerzos de varias críticas feministas por abordar estos textos ("de horror", recordando a Phyilís Trible) y los utilizo con gozo y esperanza. Sin embargo, no es desdeñable su papel multiplicador de la conciencia de superioridad, sancionada divinamente, con la que muchos hombres comienzan a justificar el ejercicio de su poder y su violencia, sobre las subordinadas. Aunque los hombres salvadoreños no se circuncidan, la conciencia de un mandato original establecido sobre el miembro viril refuerza el imaginario del modelo hegemónico centrado en el falo.

Estrategia: Recuperar las contradicciones presentes en el legado de los textos sagrados de la Biblia hebrea es un primer paso en la deconstruccion de las seguridades del modelo hegemónico, vía la identificación de las propias asimetrías personales que no concuerdan con el supuesto mandato divino.



## Los cuerpos de mujeres controlados y a resguardo: la metáfora corporal de Corintios.

Aun con los preciosos esfuerzos de recuperación de esta metáfora paulina instancias oficiales, como el Concilio Vaticano II, o numerosos estudios bíblicos latinoamericanos, permanece en ella una visión hegemónica masculina; aun con el aporte critico feminista, resulta que la cabeza es el lugar más importante, el lugar de la racionalidad, del control de los impulsos, lugar del que la mujer solo puede ser objeto de control. ¿Por qué Jesús no puede ser mano, o pie, o genitales? Seguramente suena irrespetuoso y hasta blasfemo. pero significaría llevar hasta sus últimas consecuencias aquello de que el cuerpo, el cuerpo místico de Cristo, es el lugar de lo sagrado... ¿cuál cuerpo, a imagen de quién? ¿o es que se habla únicamente del cuerpo de un varón racional, blanco, saludable, para mostrar a Dios?.

Estrategia: Identificar el disenso, el disenso en el plano de lo sagrado, en medio de las contradicciones de los miedos ancestrales, sobre todo cuando podemos auxiliamos con pedagogías de lectura bíblica que utilizan el cuerpo como espacio de interpretación, nos lleva a Identificar como segundo paso al disenso como algo liberador frente al texto bíblico.

Recuerdo perfectamente las palabras de Elsa Tamez, durante un curso en San José, Costa Rica, en el Departamento Ecuménico de Investigaciones, en 2002. A propósito de algunas Investigaciones preliminares sobre la carta de Timoteo: ¿qué hacemos con textos que por más búsquedas y exégesis, siguen siendo opresores? Mi respuesta fue que el disenso con esos textos sagrados ya era algo liberador.

### El si de Maria: aceptación silenciosa de la voluntad del marido.

A menudo hombres acusados de violencia con sus parejas logran convencerlas nuevamente (recordemos el círculo vicioso de la violencia) de su inocencia y eventual retomo a la cohabitación, usando tradicionales argumentos de interpretación del "sí" de María (Lc 1, 38). Puesto que la virgen aceptó la voluntad del Padre (y el Padre es varón) emitiendo un si rotundo, también la mujer debe aceptar la voluntad de su esposo, sin preguntarse o cuestionar,





asumiendo lo que venga. Casualmente, en una visita a centro de reclusión, encontré que circulaba un librito piadoso entre los reos; "El sí de María", firmado por un padre franciscano.

Cuando se sigue la pista a la actuación de esta mujer concreta del Nuevo testamento, es posible encontrar que no es tan muda como se presenta, puesto que al pasar sus acciones al plano de lo cotidiano, economía, relaciones sociales, honor, embarazo no deseado, nos encontramos con un madre soltera, madre en abundancia en El Salvador.

Estrategia: Llevar la interpretación tradicional hasta la vida cotidiana y buscar en ella elementos nuevos que permitan identificaciones, por mínimas que sean, lleva a desarrollar cierto sentido critico que cuestiona la normalidad y la identifica con el dolor sufrido desde la infancia y el dolor concreto de mujeres adultas, que pueden ser nuestras madres, amantes o amigas.

Como bien señala E. Shüssler-Fiorenza (1997, 180), hablando de la necesidad de una hermenéutica teológica feminista critica, esta es necesaria debido a la función histórica opresiva que las interpretaciones tradicionales de los textos sagrados han tenido. Se trata de interpretaciones que han moldeado la comprensión de las relaciones entre hombres y mujeres, dotando a los hombres de las legitimaciones religiosas necesarias para ejercer poder abusivo.

En el discurso cristiano la Biblia no sólo actúa como fuente para la comprensión crítica y la esperanza de lucha para la liberación. También ha jugado un triste papel en la perpetuación de la violencia masculina, a través de la confirmación de su normativa superioridad.

Es un medio autoritativo que refuerza y reproduce una configuración de la identidad cristiana basada en la exclusión y la subordinación de muchas y muchos y el envilecimiento de élites masculinas, que dan al resto de los hombres la ilusión de participar de su poder absoluto, a través de la demostración de su poder de violencia. A tono de consuelo, "¡Hasta los sacerdotes tienen sus pecados!", suelen decir algunos de los hombres.



### Algunos desafíos para seguir compartiendo

En los procesos de masculinidad es urgente el retomar la dimensión religiosa de la masculinidad hegemónica, para deconstruirla y pasar de ahí a la vivencia de espacios de resistencia y crecimiento que sostengan los cambios que ya se están operando en algunos hombres. Se trata de grupos de hombres donde pueda irse evidenciando el cambio y expresando nuevas vivencias que permitan que emerja un sujeto masculino diferente y comprometido.

Por otro lado, es verdad que la crítica feminista ha avanzado mucho en la teología y la interpretación bíblica, pero gran parte de sus avances y hallazgos no están llegando de formas creativas y persuasivas a muchos hombres. No se trata de que las mujeres asuman el papel redentor de la humanidad caida de los hombres, agregando un peso extra a sus ya de por sí pesadas cargas de inequidad, culpa y discriminación, sino de que apoyen los espacios de mejores relaciones humanas y la lucha por condiciones más justas en equidad, como aliadas, interlocutoras y críticas.

Algunos hombres han comenzado a cuestionarse y a cuestionar lo que se nos presenta como normativo y absoluto. En este proceso, será fundamental que encontremos colegas, compañeras y amigas que nos ofrezcan de su propio pan, de su propia mesa, para contrastar y aprender, para compartir y ofrecer pistas de superación. La decisión de la violencia no depende sólo del cambio del sistema, sino de una decisión personal, que no por pequeña es irrelevante. Desde abajo y desde adentro, como se decía hasta un tiempo en Nicaragua, es de dónde esperamos que vengan acciones con incidencia más pública y amplia. Por ahora, es una decisión consciente, el poner en primer plano la asunción de lo interior y lo cotidiano, aunque sin descuidar la responsabilidad social y estructural que los hombres hemos de asumir

Falta todavía emprender la labor de desídeologizar la experiencia cotidiana, haciendo conscientes aquellos mitos sobre los que están basadas las diferencias más recalcitrantes de los géneros, por todos los medios educativos posibles, evidenciando las prácticas ideológicas que tienen por objetivo la conservación





y reproducción de la masculinidad hegemónica en las prácticas sociales.

En su genial novela histórica, "El muchacho persa", M. Renault hace hablar de una manera muy actual a Bagoas, el íntimo eunuco servidor de Alejandro Magno. Bagoas reflexiona: "los hombres podrían ser mejores de lo que son si lo intentaran, uno sólo lo ha intentado, ¿cuántos más lo habrán intentado?. No sólo los que yo he visto, sino los del futuro. Aquellos que en la humanidad buscan sólo su propia pequeñez y obligan a los demás a creer en ella, matan a muchos más seres que Alejandro en todas sus batallas". Quizá la autora logró intuir muy bien la personalidad de este ilustre esclavo eunuco, secundario ante el "gran hombre" que la historia recuerda, borrado de registros y minimizado por los historiadores. Las palabras que ella coloca en la boca de Bagoas, lucen muy bien, dichas por un hombre sobreviviente, considerado; "no hombre" por su tiempo, pero cuya situación le hace sobrevivir de otra manera a la masculinidad dominante.



### Referencias

- Jorge Corsi. Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención. Piados, Buenos Aires: 2002.
- Yvone Gebara. El rostro oculto del mal. Una teología desde la experiencia de las mujeres fenomenología del mal. Trotta, Madrid, 2002. [Original en portugués: Rompendo o Siléncio. Urna fenomenología feminista do mal, Vozes, Petrópolis, RJ, 2000.]
  - Michel Foucault. Por qué estudiar el poder: La cuestión del sujeto; Liberación (dominical) Nº 6, Madrid, 1984,
- \_\_\_\_\_. La Historia de la Sexualidad (1976). Tomo I, México, siglo XXI, 1998.
  - Marcela Lagarde. Claves feministas para la negociación en el amor. Managua, Puntos de Encuentro; 2001.
- Lola Luna. La historia feminista del género y la cuestión del sujeto.

  Barcelona, 2002. http://www.nodo50.org/rnujeresred/f-lola\_luna-8ujeto.html
- Larry José Madrigal y Walberto Tejeda. Compartiendo de nuestro pan. Una experiencia de trabajo con hombres en el área de la masculinidad. Guadalajara, Ediciones Encuentro: 2003.
- Cloé Madanes. Violencia masculina. Barcelona, Juan Granice: 1997.
- Ignacio Martín-Baró. Acción e Ideología, psicología social desde Centroamérica. Tomo I. UCA Editores, San salvador: 1983.
- \_\_\_\_\_. ¿Es machista el salvadoreño? Boletín de Psicología de El Salvador. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", San Salvador. No. 101-122.1987.
- Elisabeth Shüssler-Fiorenza. Pero Ella dijo. Prácticas feministas de la interpretación bíblica. Madrid, Trotta: 1996.
- Patrick Welsh. Los hombres no son de Marte. Desaprendiendo el machismo en Nicaragua. CIIR, London: 2001.

<sup>1</sup> Ponencia originalmente presentado en el I Encuentro de Género, Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José, Costa Rica, 2003 y re-elaborada para el presente volumen.

<sup>2</sup> Coordinador del Centro Bartolomé de las Casas y asesor del Programa de Masculinidades de la misma institución. Menciono agradecido que lo que comparto se ha beneficiado de la reflexión colectiva con mis colegas de equipo, tanto con los hombres del proceso de masculinidades, como con las







mujeres con que laboramos. Por sus sugerencias, he cedido a la incorporación de citas, puesto que al intentar sistematizar nuestra experiencia, es importante ver también algunos de sus principales trasfondos teóricos

- <sup>3</sup> Asumo aquí el gozo que me provocó descubrir la formulación de esta categoría en el libro de Tania Mara Vieira Sampaio. *Movimentos do corpo da mulher prostituida*. UMESP-Loyola, Sao Paulo, 1990 De ella he asumido como propia la importancia no sólo de la relevancia política de lo cotidiano, pero su articulación con mi investigación de la masculinidad.
- <sup>4</sup> Por motivos de espacio no puedo extenderme a elaboraciones teológicas ya abordadas por varias colegas feministas en lo teología, pero esas elaboraciones ciertamente están presentes y actuantes y estamos asumiéndolas desde nuestra apuesta colectiva como Programa de Masculinidades.

